

# Similitudes del destino

Juan Ángel Juristo

Convertido en autor de culto mediada la década de los ochenta, a pesar de que parte de su obra había sido publicada mucho antes, *Inútiles totales*, su primera novela, inencontrable, data de 1951, y su estupenda *El coral y las aguas*, de 1962, Juan Eduardo Zúñiga no ha dejado de producir, poco a poco, una serie de ensayos, colecciones de relatos y novelas de una excelencia poco común sin que esta cualidad se vea recompensada por el reconocimiento que merece esta obra. Perteneciente a la gente que surgió de *Acento*, amigo de autores como Antonio Ferres o Armando López Salinas, Zúñiga, desde sus primeros libros, se descolgó de las tesis del social realismo de su generación, para construir una obra que bebía en aguas más profundas, más libres, más serias también, de tal modo que aunque en libros como *El coral y las aguas* daba cuenta de una suerte de metáfora donde el pasado, la obra se desarrolla en la Grecia que deja atrás la ciudad estado para convertirse en imperial bajo Alejandro, se perfilaba como espejo del presente de la España de aquellos años, lo cierto es que esa interpretación no agotaba las cualidades de la obra ni de lejos y ello de tal modo que bien puede decirse que uno de los grandes aciertos de ese libro es el de su buscada y calculada atemporalidad, como si Juan Eduardo Zúñiga supiese que nada desgasta tanto a la obra como una deuda excesiva con las manías o las modas de su tiempo. De ahí la reputación de carácter alegórico que acompañó a buena parte de su producción narrativa posterior.

Sin embargo ese adjetivo, como tantas otras veces, no ha rendido justicia a la complejidad de la misma, una complejidad que,

---

Juan Eduardo Zúñiga: *Brillan monedas oxidadas*. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2010.

además, se aúna a una multiplicidad de temas e intereses muy variados. Desde la reconstrucción del suicidio de Larra en *Flores de plomo* hasta esa maravillosa evocación del martirologio de una ciudad sitiada en *Largo noviembre de Madrid* o *Capital de la gloria*, de albertiano título, pasando por la descripción de ambientes donde agobia la pobreza en *La tierra será un paraíso*. En todas ellas, el hilo que unifica obras en apariencia tan dispares, y por supuesto en esa excelente *Misterios de las noches y los días*, es la fina percepción para captar el drama de la humanidad doliente, esa mezcla de sentirse y saberse humillado con las ansias locas de felicidad, o esa rara sensación de sentir miedo a la vez que uno se cree un héroe. Esa percepción es afín a la sensibilidad social de sus queridos autores rusos, que Zúñiga ha estudiado durante años con pasión desbordada: desde luego Pushkin, y también Dostoievski, Gogol, Tolstoi, Lermontov... pero sobre todo Turguénev, autor con el que Zúñiga encuentra más de una afinidad con su obra, quizá ese sentirse en el filo de una tradición en que, por motivos estéticos y de sensibilidad, uno se tiene obligatoriamente que alejar en una suerte de exilio interior, lo que explicaría en gran parte los presupuestos de los que surge esa clara posición literaria de la que ya dio cuenta con plena madurez en *El coral y las aguas*.

Ahora, con la publicación de esta colección de cuentos, *Brillan monedas oxidadas*, Juan Eduardo Zúñiga regresa a la narración, después de unos años de silencio, sin haber perdido un ápice del lirismo y la intensidad de que hizo gala en sus libros anteriores. Salvo dos o tres cuentos publicados en alguna revista, por ejemplo «No llegará el sobrino de Praga», que fue publicado hará unos veinte años en la revista *Madrid*, el resto de los quince relatos que componen el volumen son inéditos y vienen a constituir una de las obras de lograda madurez de su autor. En el libro, el vuelo lírico, de enorme intensidad, queda reservado a la atmósfera en que se desarrollan los relatos, a la peculiar visión del detalle en algunos de ellos y en el título que otorga a cada una de las tres partes en que está dividida la obra, «La fuerza del vendaval agitaba las cortinas como un gran pájaro». «Se olvidan tantas historias de orgullosa pasión y rebeldías». «Sus vidas eran demasiado iguales». En cuanto abordamos los relatos propiamente dichos ese vuelo lírico queda aherrojado por los dictados de la narratividad más

exigente en, de nuevo, una buscada ahistoricidad que, sin embargo, no excluye el detalle otorgado al lector más curioso para que date el momento en que se desarrolla la historia, si tiene esa querencia. Quiero decir con ello que hay en este libro, como en los anteriores de Zúñiga, una amalgama consciente de momentos distintos de la historia con la única intención de dar cuenta de que las pasiones del hombre son iguales, repetidas en las circunstancias aparentemente más disímiles y en geografías y tiempos distantes. Aun así, el madrileñismo de Zúñiga no se puede ocultar y los cuentos de este libro participan de ese peculiar homenaje que el autor, de manera discreta, secreta, casi tímida, otorga a esta ciudad en repetidas ocasiones. A destacar que la guerra civil, tema recurrente en muchas de las obras de Zúñiga, no aparece en esta ocasión y sí unos paisajes muy actuales, como el relato que da cuenta de los avatares por medio Madrid nocturno de una repartidora de pizzas, «Has de cruzar la ciudad», o el llamado «Jazz session».

El cuento que abre el volumen, «El festín y la lluvia», comienza con un deliberado *tempo* decimonónico, como podría encontrarse en una narración de Turguéniev o de Chéjov, para derivar en una resolución muy moderna por lo inquietante de sus planteamientos y, sobre todo, por el tono sorpresivo, al modo de un puñetazo en el rostro, del desencadenante del asunto, entre absurdo y surreal. A partir de aquí se abren unas tramas de variada condición pero todas sin desviarse un ápice de pasadas querencias. Por ejemplo, el recurso a la fantasía histórica. En «No llegará el sobrino de Praga», Zúñiga juega con la idea de un frustrado viaje de Kafka a Madrid para ver a su tío Alfredo Loewy, alto empleado en una empresa de ferrocarriles, o en «París: última decisión» donde rinde un particular y bello homenaje a Mario de Sá Carneiro. También el de dar cuenta de unas vidas olvidadas por no pertenecer a los oropeles de la historia, como el mentado viaje de la repartidora de pizzas, tratado al modo de viaje mítico, iniciático, o el del enamorado Manuel Guzmán en «El molino de Santa Bárbara», gótica, fantasmal, recreación del actual barrio de Chamberí en el Madrid del barroco. En todos, desde luego, el de inmiscuirse en unas vidas marcadas por la desdicha, por la opresión pero cuya característica común es la rebeldía frente a la descarnada imposición. Los ambientes descritos por Zúñiga, se libran

e intentan dar una respuesta a la lúcida consecuencia nihilista de tamaña exposición: sólo por la oscura solidaridad que nos hermana a nuestro pesar y la querencia de luz que nos inunda cuando nos topamos con el mar de tinieblas, nos libramos de la presencia aniquiladora de la nada. El resultado, de claras raíces rusas, da lugar a una densidad de otro calibre, de otra cultura, de otra condición: Zúñiga mantiene en sus relatos un equilibrio que poco o nada tiene que ver con las circunstancias en que se desarrolla la trama y sí con una convicción muy profunda que le viene de lejos: el deseo de hallar un apoyo que salve a sus personajes de la desgracia, en la constatación de la esperanza. Los personajes de Zúñiga siempre esperan. Es su luminosa lección para nuestros grisáceos días. ©